

Jóvenes y modificación corporal en el sur-occidente colombiano (Popayán, Cali, Neiva y Pasto)¹

El discurso tiene que tomar en cuenta su actualidad para (primero) encontrar su lugar propio; segundo, decir su sentido y tercero designar y especificar el modo de acción, el modo de afectación que realiza dentro de esa actualidad. (Foucault, 2009: 31)

Por: Deibar René Hurtado Herrera, Juan Carlos Pino Correa, María Andrea Simmonds Tabbert

Resumen

Los procesos de apropiación del cuerpo como territorio simbólico y el auge que otros usos del cuerpo tiene entre los jóvenes, nos han colocado sobre la ruta de comprender los sentidos que las modificaciones corporales tienen para las y los jóvenes de las ciudades de Popayán, Cali, Neiva y Pasto. Para ello el camino recorrido ha sido el de acercarse a los espacios cotidianos en donde llevan a cabo sus vidas y aproximarnos a través de la historia de vida a esos sentidos. Este trabajo nos ha permitido comprender que la modificación corporal es una estética transgresora que narra la historia de lo que estos jóvenes son o de lo que quieren ser, práctica que se mueve entre la aceptación y el rechazo y que se ha convertido en una importante opción de trabajo para algunos de ellos.

Palabras clave

Cuerpo, Subjetividad, Modificación corporal

¹ Investigación financiada por la Vice-Rectoría de Investigaciones de la Universidad del Cauca 2010.

Abstract

The processes of appropriation of the body as a symbolic territory, and the boom that other uses of the body has among the youth, put us on the path to understand the meanings that body modifications has for the young people of the cities of Popayan, Cali, Neiva and Pasto. For this, the way has been to approach the everyday spaces where they conduct their lives and get closer to those meanings through the life history. This work has enabled us to understand that body modification is a transgressive esthetic that tells the story of what these young people are or what they want to be. Practice that move between acceptance and rejection and has become an important work option for some of them.

Keywords

Body, Subjectivity, Body Modification

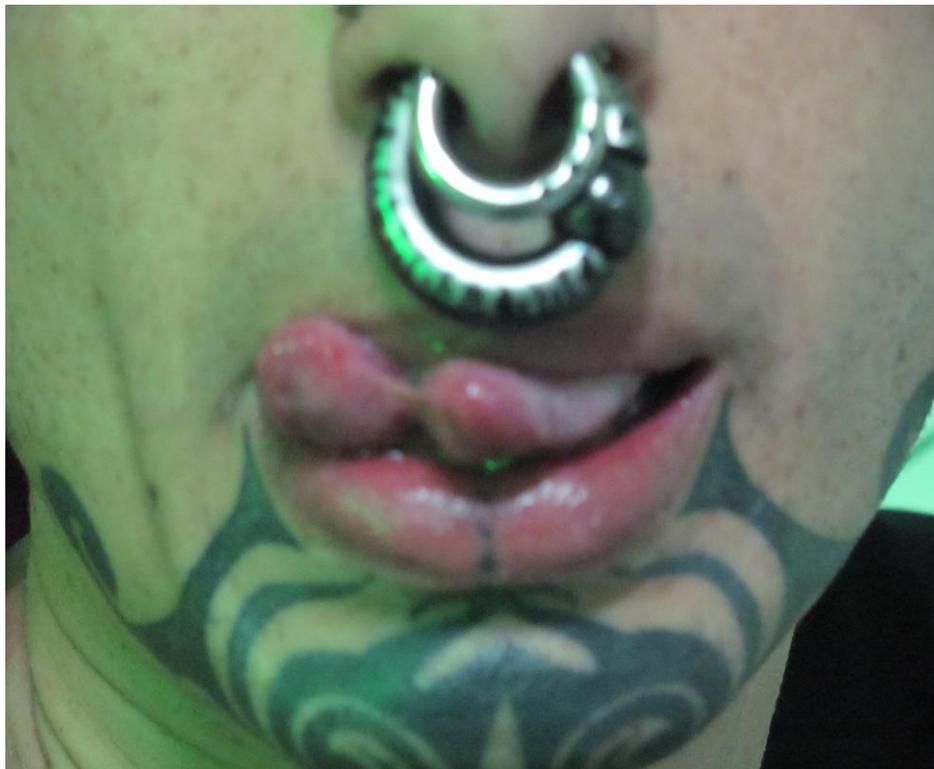
Introducción

Investigar las prácticas de modificación corporal de los y las jóvenes es adentrarse en un mundo lleno de imágenes extrañas o transgresoras para el mundo adulto, o sea en toda una gama de expresiones carnavalescas en las que hoy el cuerpo se recrea. Prácticas culturales en donde se vivencia la libertad, así sea transitoria, y en escenarios desde donde las y los

jóvenes reclaman la propiedad de su cuerpo como diciendo: *este cuerpo y esta vida es mía* y en tanto mía la reclamo como mi territorio. En estas prácticas e imágenes del cuerpo se pone además en evidencia la metamorfosis que han sufrido los imaginarios que hemos construido en relación a él, pero también frente a los usos instituidos del cuerpo que la sociedad del trabajo privilegia. La escuela como institución disciplinaria ha sido el escenario por excelencia desde el cual se han propuesto unos usos del cuerpo, formación que empieza tempranamente y que no se restringe, como se puede pensar, a la asignatura de Educación Física y Deportes².

La modificación corporal se convierte en un lenguaje que nos permite leer esos cambios y transformaciones que se expresan en el cuerpo, pero que están vinculadas de manera directa con las subjetividades que se configuran hoy por fuera de los espacios que el proyecto moderno privilegia (familia, escuela, iglesia). Prácticas articuladas a la vida cotidiana, donde cada joven es artista de su propia vida en el compartir con otros. La relación entre subjetividad, cuerpo y prácticas de modificación corporal nos ha llevado a formularnos la siguiente pregunta: ¿Cuáles son los sentidos que las modificaciones corporales tienen para las y los jóvenes de las ciudades de Popayán, Cali, Neiva y Pasto?

² La escuela está llena de dispositivos desde los cuales producir el cuerpo productivo que la sociedad del trabajo espera: horarios, disposiciones en filas, hileras, en formaciones por orden de estatura; toda su arquitectura desde la cual vigila y las micro-penalidades desde las cuales recompensa o castiga, desde la cual examina y encauza, expresiones muy potentes de su propuesta homogeneizadora y normalizadora (Foucault, 1984).



Metodología

Tipo de estudio:

La investigación realizada se ubicó dentro del enfoque cualitativo de investigación social dado que su interés estuvo en comprender las prácticas sociales y la construcción de realidad social desde las perspectivas de los propios actores, desde su cotidianidad y desde sus vivencias, la mayoría de ellas relacionadas con el espacio urbano.

Para el desarrollo del proyecto se optó como metodología la Historia de vida, la cual se asumió como: «Una modalidad de investigación cualitativa encaminada a generar visiones alternativas de la realidad social mediante la reconstrucción de vivencias personales» (Galeano, 2008: 62).

La metodología integra tres momentos que se encuentran articulados entre sí y con relación de simultaneidad y que a juicio de Galeano (2008: 64) son: *Exploración*, que implica el acercamiento al contexto etnográfico de los informantes claves y a los escenarios donde llevan a cabo su vida cotidiana. *Focalización*: en este segundo momento se construyen las historias de vida complementadas con el relato etnográfico de los espacios públicos y privados donde transcurre la vida de ellos, respetando sus temporalidades y los actores que acompañan dichas historias. En el último momento, de *profundización*, se realiza un cruce de la información recolectada a través del trabajo de campo con apoyo en la reflexión teórica.

Técnicas e instrumentos:

En un primer momento se realizaron entrevistas semi-estructuradas con jóvenes de las cuatro ciudades (Popayán, Cali, Neiva y Pasto) con los que ya se había establecido un contacto previo. La información recogida fue sistematizada utilizando teoría fundada (Strauss y Corbin, 2002), y con las categorías emergentes se procedió, en el momento de descripción, a desarrollar tres historias de vida por ciudad con quienes fueron considerados informantes claves (un modificador corporal, una o un joven modificado,

una o un joven adscrito a alguna práctica cultural juvenil de la ciudad). Para construir dichas historias de vida se realizaron entrevistas en profundidad y entrevistas semi-estructuradas con un amigo o familiar de ellos. Para el momento de *profundización* se sistematizaron las doce historias de vida, mediante teoría fundada (Strauss y Corbin, 2002), de lo cual emergieron cuatro categorías interpretativas. También se elaboró una historia de vida colectiva utilizando el procedimiento de historias de vida cruzadas a partir de la propuesta que Alfredo Molano hace para la Sociología (1985).

Historia de vida colectiva

No soy una diosa o un dios del Olimpo aunque pudiera parecerlo ahora, aquí, en este instante que más que instante es eternidad. No soy una diosa o un dios del Olimpo aunque alguien pudiera creer que así es. Pudiera creerlo porque desde donde estoy puedo verlo todo, puedo entenderlo todo. Y ese alguien pudiera creerlo también porque hay un pedestal invisible que me sostiene más arriba de sus cabezas y entonces soy inasible, suspendida en la ubicuidad del tiempo y el espacio, girando sin que nadie me pueda tocar, sin que nadie sea capaz de negar que esta piel que ven es la piel de una diosa o un dios del Olimpo capaz de mutar y de transgredir, capaz de enfrentar con los ojos abiertos el dolor, capaz de ser hoy un trozo de piel en blanco y mañana un templo no profanado sino hecho arte en el más estricto sentido de la palabra. Por eso soy Diana, no un nombre inventado, no un nombre artificial para contar esta historia, sino un nombre de verdad, apellido incluido, que se sostiene en un registro de nacimiento y un carnet de identidad. Pero no soy como la Diana de los griegos ni de los romanos porque todo puede ser transformable y entonces soy una nueva Diana que, desde aquí, suspendida en un trance no hipnótico, me muestro en toda mi esencia, en toda mi magnitud, me visibilizó con todo el esplendor de mi cuerpo colmado de huellas significativas. Pero así como soy Diana puedo ser otra persona, y por eso pudiera decir ahora que mi nombre es otro, ambiguo, de mil aristas, pero no por ello menos amado, menos sentido, menos representativo. Puedo ser Morpheo, por ejemplo, como uno de los mil hijos del sueño que ahora vuela aunque nadie vea el rápido movimiento de las alas que permiten mi levitación y que me elevan sobre las cabezas y sobre los cuerpos y sobre los sueños y sobre las historias de quienes ahora están aquí. Podría, entonces, meterme en sus

sueños y aparecer en ellos para conocer en silencio sus historias y para contarles secretos inefables de los dioses aunque bien me valdría aquello algún castigo divino. Aunque es posible que todos ya vivan este instante/eternidad como un sueño, como si sintieran que esto no está pasando de verdad, porque parece una escena surrealista, un montaje escénico, una pesadilla sin horrores pero con banda sonora punk o hard o metal. Este instante/eternidad es el escenario propicio para mostrarles mi cuerpo como si con ello les estuviera revelando un secreto poderoso: la nueva arquitectura de la piel hecha a imagen y semejanza de algún “Adán anterior al paraíso” del que nosotros somos, como dice Borges, “un espejo roto”. Y yo agregaría que somos un espejo roto que queremos reconstruir en nuestra propia piel a imagen y semejanza de nuestros sueños más preciados, como si todo fuera una cruzada para defender la exteriorización de las ideas y del pensar que llevamos dentro. Porque estas huellas son el adentro hecho piel. Por eso me acuerdo del día que me encontré con un hombre en las escaleras de un centro comercial y quien, luego de mirarme con un sentimiento que estaba entre la extrañeza, el asombro y la indignación, se me cruzó en el camino y me dijo “busca a Dios, búscalo, sólo él te va a cambiar, sólo el te va a convertir”. Yo no sabía si indignarme o reír: ¿qué sabe él de mi mentalidad religiosa y de mi espiritualidad? Si mi espiritualidad es este fluir del miedo, el palpitar de mi corazón dentro de este cuerpo que se eleva, que levita, que hace suspensión, que no tiene amarras con la tierra. Yo podría haberle escupido unas palabras a la cara a aquel hombre para decirle que me mirara bien, que me observara en detalle, y entendiera que no necesitaba un dios que me cambiara porque yo soy también una diosa o un dios y porque ya otros demiurgos malditos habían hecho su trabajo sobre mí y yo había vivido toda aquella metamorfosis con dolor pero también con placer, con una inmensa satisfacción de saber que mi piel y mi cuerpo y mi mente las puedo delinear y reconstruir a mi manera. Como si cada nueva huella fuera una resurrección más prodigiosa. Si aquel hombre estuviera aquí, ahora, y viera los ponis que habitan mi piel, y las flores, y la vida marina, y la casa que anhelo, y viera los rostros de mis hijos que lo miran con sus ojos de niños inocentes desde mi hombro, quizá podría entender que el mundo no es sólo su mirada y su percepción, no es sólo su cúmulo de prejuicios y de prevenciones. Pero aunque no esté, ese hombre está aquí encarnado en aquellos que me miran con asombro y que tienen, como él, su piel vacía y acaso colmada de poros anhelantes de tinta. Porque mis huellas, mis tatuajes, no son feos, no son maquiavélicos, no tienen mensajes subliminales. Mis tatuajes son hermosos, son otra forma de arte. Cuando llegue a la vejez será fabuloso mostrarles a mis nietos todos los dibujos de mi cuerpo para que los admiren como admiran los dibujos de un libro abierto. Porque también eso soy. Podría decirse que aquí, en mi piel, está mi alma, lo máspreciado de mí. No soy como aquellos que en los carnavales de muchas épocas y de muchos sitios del mundo se disfrazaban o se enmascaraban o se pintaban el rostro para encubrirse y ocultar su identidad transitoriamente y después volver a ser ellos mismos. No, no soy como ellos, soy diferente. Yo, por el contrario, me pinto la piel y parte del rostro para descubrirme, para desenmascararme, para desnudarme ante los

demás. Y me la pinto con tinta indeleble, porque soy yo misma así, en una espiral de eterna e incesante transformación. Si ahora me desnudara y vieran el piercing en mi clítoris podrían entender que la desnudez no está allí sino en todas estas figuras que me representan, en todas estas modificaciones con que he reinventado mi cuerpo. Estas huellas que me habitan porque yo lo he querido así, no son gritos desgarrados o doloridos sino cantos de libertad, de alegría. Habitarme de esta forma la piel es una forma de decir que habito a plenitud mi cuerpo y habito el mundo con seguridad, convencido de que yo soy como quiero ser y de que así construyo la certeza de existir. Y al tiempo que soy habitante del mundo y de mi cuerpo soy consciente también de que soy un habitado porque he asumido el riesgo de hacer que los fantasmas y los demonios de mi interior se hagan visibles y afloren en mi piel. Pero para mí, más que fantasmas y demonios son ángeles y me habitan con plenitud y yo los dejo ser para que ellos sean también yo. Porque no hay disgregación entre lo que soy y lo que es mi cuerpo o mi piel. No soy como otros que dicen que los tatuajes no los han cambiado, dando a entender que ellos no son también su cuerpo, o como si ellos sólo “tuvieran un cuerpo” en vez de comprender que “son un cuerpo” y que si cambian el cuerpo y la piel está cambiando lo que son. Quizá no hayan alcanzado a entender que en el fondo ese culto a la piel como lienzo y como templo es una ruptura con la idea de que la belleza está en la piel limpia, inmaculada, y que lo contrario es sinónimo no de rebeldía sino de delincuencia y adicción a las drogas y a los actos demoníacos y oscuros. Nada más falso que ello. No hay castidad en los que me rodean pero tampoco hay maldad. Yo soy, sobre todo, un artista. Lo digo así, en singular, pero también podría decirlo en plural porque mi voz es la voz que inscribe en su tono y en su color a muchas voces. Sí, soy un artista incómodo que rompe con la homogenización de la piel limpia, de la piel blanca. Porque la piel en blanco no me dice nada, es un cuerpo homogeneizado, un cuerpo estándar, y a mí me gusta la singularidad y por eso la busco y por eso la construyo. La singularidad total. La artesanía frente a la producción industrial, podría decir alguien. Es posible que valga esa comparación, sí, siempre que no sea visto lo artesanal con una mirada despectiva, no como el producto final simplemente sino como el punto de llegada de todo un proceso vital. Yo hago y rehago mi cuerpo y luego lo vuelvo a rehacer reconociendo la historia que mi cuerpo ha vivido, los dolores y los placeres que él ha sentido al encontrarse con el mundo de manera incesante, como en una lucha cuerpo a cuerpo que no tiene descanso. Yo escribo con tinta y sangre mi historia. Cronista de la piel soy, entonces. Consigno en mi cuerpo y en mi piel muchas de las ilusiones y los desengaños que he vivido. Ellos se han materializado allí a través de un proceso que así no sea similar puede tener la misma magia de esa antigua forma de revelar las fotografías cuando al contacto con un líquido en un cuarto oscuro la imagen aparecía desde el fondo como si todo fuera un acto de prestidigitación. Pero aquí no hay varita mágica. Bien nos lo podría contar el tatuado/tatuador que está aquí a mi lado (Mike, o Andrés o Juan Pablo, podría llamarse) detallando mis tatuajes y mis perforaciones, como intentando descubrir la finura de los trazos, las sombras, la firmeza y el tono de los

colores. Quizá esté preparando sus palabras para acercarse a mí cuando de nuevo vuelva yo a ser terrenal, unas palabras con las que hablaremos justamente de eso, de trazos y de colores y de líneas y de dibujos y de sombras, y me dirá que en Cali, o en Popayán, o en Pasto o en Neiva, su negocio va en expansión, que esa es su forma de vida y su manera de ganar la vida, de ser feliz haciendo lo que hace. Y me contará que los tatuajes y las expansiones de su cuerpo funcionan como una especie de comunión con el mundo de las modificaciones pero también como una manera de validación de su saber en ese mundo. Me dirá algo que yo ya sé: que si alguien llega allí y lo ve tatuado tendrá más confianza para confiarle su piel. Y también me dirá que la entrada de una persona desconocida en busca de un tatuaje o un piercing o una expansión no puede ser un encuentro cualquiera, como de azar, porque necesariamente tendrá que darse un diálogo en torno a las razones por las cuales se quiere modificar el cuerpo, las razones para decantarse por el diseño tribal o maorí o celta y no por una calavera o un puñal, la motivación para plasmar en su piel el rostro de su madre y no una flor de loto que diera la sensación de estar abriéndose eternamente. Y me contará que muchas veces le ha tenido que decir que no al adolescente enamorado que quiere escribir el nombre de su novia en el pecho y que, en cambio, le propone escoger algún diseño que pueda representarlo para siempre y que no sea tan frágil como para querer borrarlo al primer desamor. Y compartirá conmigo alguna escena que hace de su oficio una bendición más que un servicio a los demás. Me contará, entonces, esta historia: “una vez llegó aquí un señor porque su hijo de 17 años había muerto de cáncer y me dijo «Yo quiero que me tatúe la foto de mi hijo» y yo llegué y se la hice lo mejor que pude y cuando él se miró al espejo lloró y me dio un abrazo y susurró: «esto me va a ayudar muchísimo para nunca olvidarme de mi hijo». Eso dijo el hombre, envuelto en lágrimas”. Y cuando él tatuado/tatuador me cuente esa historia yo sentiré otra vez que también soy él porque sé lo que es sentir aquello, sé de aquella bendición de la que habla, esa bendición que sólo podemos dar quienes hemos sido bendecidos antes. Somos como sacerdotes profanos porque antes hemos cumplido con el ritual portentoso de tatuar nuestro cuerpo, de expandirlo, de modificarlo, y ese santuario en que hemos convertido la piel permite a otros tener la certeza de que lo nuestro no es sólo un trabajo sino que se torna, ante todo, en un estilo de vida, en una mística, en una especie de teología, en una iglesia. Por eso nos confían la piel. Porque saben y entienden que de esa mística surge arte, un arte distinto y transgresor, pero arte al fin, forma de expresión en plena libertad. Pero para llegar a ello hemos recorrido un largo camino. Mike (o Andrés o Juan Pablo) podría confirmarlo. Si se lo preguntara desde aquí me contaría su historia individual como si fuera colectiva. Diría: “empezamos a fabricar maquinas con motores de grabadora y VHS y tratar de sacar el sistema de que la aguja suba y baje para empezar a rayarnos la piel. En ese tiempo lo hacíamos con tinta china y lo hacíamos con otra clase de tintas que son tóxicas, que tienen veneno, tienen plomo, y después de un tiempo vimos unas reacciones alérgicas”. Eso me contaría antes de insistir que ahora ya todo lo que usa es original: máquinas, agujas, tinta, y todo cumple con las normas de

salud requerida. “Pero antes —diría, recordándome suspendida por sobre su cabeza y la de todos—, antes, nos tocó bastante duro y aprender sobre nuestra propia carne”. Y yo sabría que en ese instante recordaría que el primer tatuaje se lo hizo con un amigo de la escuela cuando tenía siete años. Se hizo un dibujo con agujas y tinta china y esa situación, no el dibujo, escandalizó a sus padres que no entendían las razones para dañar la piel de esa manera. Pero ya nada era reversible, aunque luego habría de retocar aquel dibujo para mejorarlo estéticamente y relacionarlo con otros que ya habían empezado a habitarlo. Pero todo empezó con esa araña de trazos muy simples que se quedó a vivir con él para siempre, en una experiencia que no dejaría que ahora repitiera su hijo pero por razones distintas a las que tuvieron con él sus padres: porque hoy sabe que aquellas condiciones en que plasmó aquella primera huella eran demasiado riesgosas. Hoy sabe también que aquella araña y el posterior rayarse de las piernas haciendo los trazos de un dragón y el expandirse de aquel animal mítico fue su Nacho lee, la cartilla básica de aprendizaje: “el cuaderno para rayar fue nuestra propia piel porque nadie te va a prestar a ti la piel para que practiques”. Eso diría. Y contaría también que su padre era profesor del colegio donde él estudiaba y que le quitaba a los compañeros los piercing que él les ponía en el entusiasmo de su vida de adolescente y que todo fue el caos cuando un amigo suyo, contrariado por perder aquel nuevo objeto de culto que colgaba de su oreja, le espetó a la cara al profesor que era absurdo que el hijo se los pusiera para que el padre se los quitara. Desde entonces ya no habría más secretos respecto de lo que era su relación con los tatuajes y las modificaciones: en casa tendrían que aceptar que éste también era un camino, igual que si hubiera escogido otra profesión, o aunque haya escogido a la par ir a la universidad, pero siempre pensando en articular su aprendizaje con su forma de expresión y su trabajo. Esa es su motivación, su inspiración, si se quiere. Y, en el fondo, esa es la motivación y la inspiración de todos: las ganas de ser un mejor artista, al igual que un pintor, un músico, o un escritor. Llegar a ser un artista reconocido porque se hacen las cosas bien, porque su obra tiene propuesta estética. El arte del cuerpo. Por eso ya no son sólo rockeros o locos mechudos los que se hacen modificaciones sino gente de muy distintas profesiones. Eso explica que muchos de ellos estén aquí, mirándome en la plenitud de una suspensión, cual si fuera hoy la diosa o el dios al cual adorar, mientras la intermitencia de las luces juega con la percepción visual y la banda sonora es como el estribillo de una canción que ya todos conocemos y amamos, algo así como el rumor de la vida que pasa sin detenerse nunca. Es este ambiente el que hace que yo pueda tocar la piel y la mente de todos los que aquí están. Así como he tocado al tatuado/tatuador y me he sumergido en sus pensamientos, recuerdos y emociones, puedo también puedo tocar a este hombre no tatuado que me mira con asombro desde la esquina y que ha venido aquí porque una escena de hoy en la mañana lo impactó en esta ciudad y al enterarse de que aquí íbamos a estar los elegidos decidió explorar un poco. Él se encontró en la calle con un joven tatuado que caminaba en sentido contrario y lo miró con curiosidad, comprendiendo como en una epifanía que las marcas de aquella piel no eran, no debieran ser, el

santo y seña de una estigmatización sino una de las maneras como él fortalecía su presencia en este mundo que lo miraba con extrañeza. Y pensó en la palabra extrañeza porque varias de las personas que también trasegaban por allí hacían al verlo un casi imperceptible gesto de desaprobación, como si tuvieran la potestad de decir qué está bien y qué no lo está, qué es lo que se acepta y qué lo que se rechaza, qué lo que es bello y qué lo que no lo es. Aquel gesto imperceptible de desaprobación fue la respuesta al brillo esplendoroso de los ojos del dragón que desde el hombro del joven miraba a la gente que pasaba y lo miraba. Allí, en aquel instante, la figura era dragón y brillo pero bien podía ser una calavera colorida o un rostro espectral que entre tierno y condescendiente o entre agresivo y prevenido también observaba con atención el entorno hostil. Lo observaba desafiante, quizá. El desafío de transgredir ciertos cánones sociales dándole cuerpo, dándole piel, a una manera de entender el mundo, de percibirlo, de enfrentarlo. A una forma de vivirlo y de sentirlo tan respetable como las formas de vivirlo y de sentirlo de otras personas a quienes nadie reprocha nada. “Cuando la gente ve mis tatuajes empieza a considerarme como un bicho raro”, habría dicho el joven si de repente, por esas cosas imprevistas de la vida, hubiera entablado una conversación con el hombre, un conversación sobre las huellas elegidas para su piel. “Un bicho raro: un delincuente, un drogadicto, un habitante de un mundo oscuro”, ahondaría. “Y más, si se enteraran que me gusta el heavy metal, el punk y aquellos otros tipos de música que muchos consideran satánicos pero que no lo son”. Si hubieran tenido la oportunidad los dos de conversar sobre ello el hombre escucharía atento y quizás empezaría a indagar por muchas cosas. La familia, los amigos, las estéticas, los estudios, el trabajo. Y entonces no se asombraría escucharlo decir que considera su piel como un lienzo o que la considera un templo, su lugar para la sacralidad. Y tampoco se asombraría si le escuchara decir con contundencia que su piel no tatuada le incomoda y que por eso terminará por cubrirse todo el cuerpo con unos motivos que puedan leerse independientes unos de otros pero que a la vez constituyan un sola obra hecha de fragmentariedades. Como un puzzle posmoderno, susurraría el hombre, con un cierto aire de intelectualidad. De haberse llevado a cabo tal conversación, sin duda el joven tatuado (que podría además tener modificaciones corporales más transgresoras: piercing, escarificaciones, expansiones) le habría dado mil y más argumentos para la aventura estética que vive en su propia piel y quizás al hombre le hubiera costado un poco aún entender la lógica de aquellos lenguajes y códigos que dan cuenta de las nuevas subjetividades e identidades de los jóvenes de hoy. Le habría costado entender que el cuerpo, que la piel, puede ser también un escenario de diálogo y materialización de los imaginarios, un espacio de reconocimiento, un lugar (acaso el más coherente) para la autobiografía. Es decir, la piel como una narración (la forma y el fondo, indisolublemente ligados) que en pleno siglo XXI el hombre, en representación de los adultos todos, se niega tercamente a escuchar. Y a aceptar. Porque acaso no asume aquellas transgresiones con la tranquilidad que se debe tener para aceptar las diferencias. Por todas esas situaciones es que al joven, que también está aquí

mirándome y admirando esta puesta en escena, lo han estigmatizado en diferentes instancias: en la familia, en el colegio, en algún café internet, en los espacios que podrían haber sido una oportunidad laboral. Es aquello lo que le impide que se tatúe el cuello, el rostro, el antebrazo. Sabe que en cualquier momento tendrá que ponerse una camisa de manga larga y mimetizarse en los demás, aparentar que él es como todos, capaz de usar saco y corbata o una camisa almidonada para cubrir una piel sin mácula. Eso tendrá que hacer algún día si decide buscar un trabajo que no tenga que ver con las modificaciones, porque sabe que el mundo se guía por las apariencias. Lo sabe y lo asume, aunque en el fondo en vez de mimetizarse le gustaría cubrirse todo el cuerpo de tatuajes. El cuerpo, no el rostro, porque hacerlo quizá le quitaría la identidad que el rostro da, las facciones que deben estar sin marca para que él pueda reconocerse en el espejo. Como si el rostro no entrara en el pacto de la nueva sacralidad y la nueva arquitectura que los modificadores proponen. Como si se tuviera claro que a pesar de las rupturas y las transgresiones, se hacen necesarios ciertos límites. Y el rostro es uno de ellos. Es probable que hasta los mismos modificados lo miren con extrañeza si se tatúa el rostro porque quebrar ese límite podría significar ser mirado como “el otro” ya no sólo por los no tatuados sino incluso por quienes tienen diversas modificaciones. Y de señalamientos y estigmatizaciones ya tiene suficiente. Enfrentarlos ha sido una guerra de toda la vida porque él se asume como un lienzo vivo, como un lienzo que tiene vida, como una obra móvil que se ha hecho a sí misma pagando el precio justo del dolor. Porque tanto él y yo, como todos, sabemos que sin dolor no hay modificación que tenga sentido. El dolor es inherente a esta cofradía informal y es requisito ineludible enfrentarlo, asumirlo. Y ese dolor no impide que nos volvamos adictos al tatuaje, a la modificación, que un día nos levantemos con ansiedad deseando que las agujas toquen la piel y hagan emerger otra figura o transformen el cuerpo en una metamorfosis irreversible e inconclusa porque se sostiene en un eterno fluir desde adentro. Como fluye mi voz ahora que todos escuchan con claridad aunque la música y el ruido del ambiente haga creer que ninguna voz que flote aquí es posible ser escuchada. Yo, por ser una diosa o un dios los escucho a todos y todos pueden escucharme a mí. Porque este momento es transgresor y no puede medirse en el marco y bajo los criterios del tiempo que todos conocemos. Es otro tiempo y es otro espacio. Están y no están mientras yo miro a todos los aquí presentes y ellos me miran a mí y me perciben de mil formas distintas. Pero ellos no desean mi cuerpo, ni mis tatuajes, ni mis expansiones. Y yo tampoco deseo el cuerpo, el tatuaje o la expansión de alguno de ellos. Porque aquí todos somos y queremos ser auténticos y por eso no es el deseo de otro cuerpo lo que nos mueve, ni nos mueve lo que vemos en los medios de comunicación. Seguimos un modelo que está dentro de nosotros, un cuerpo modelado con imágenes y figuras que entrañan lo que somos, lo que sentimos, y que está en nuestra mente y en nuestra alma. Y bien podría representarse en una especie de espejo interior al que queremos darle vuelta para vernos nosotros en él, pero también para que en él se vean los otros, con admiración o con rechazo. Para que unos y otros podamos comprender que hay muchas

formas distintas de habitarse el cuerpo y que todas deberían tener la misma validez no sólo en este instante/eternidad de una suspensión sino también y principalmente en el afuera que siempre pretende arrasar aquello que no se le parece.

Bibliografía

Galeano, M. (2008). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Foucault, M. (2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____. (1984). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.

Molano, A. (1985). *Los años del tropel*. Bogotá: CINEP.

Strauss, A. & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar teoría fundada*. Medellín: Universidad de Antioquia. Facultad de Enfermería.